

DELPHINE DEVIGAN

Las gratitudes



Una bellísima novela sobre la gratitud, sobre lo importante que es poder dar las gracias a aquellos que nos han ayudado en la vida.

«Hoy ha muerto una anciana a la que yo quería. A menudo pensaba: “Le debo tanto”. O: “Sin ella, probablemente ya no estaría aquí”. Pensaba: “Es tan importante para mí”. Importar, deber. ¿Es así como se mide la gratitud? En realidad, ¿fui suficientemente agradecida? ¿Le mostré mi agradecimiento como se merecía? ¿Estuve a su lado cuando me necesitó, le hice compañía, fui constante?», reflexiona Marie, una de las narradoras de este libro. Su voz se alterna con la de Jérôme, que trabaja en un geriátrico y nos cuenta: «Soy logopeda. Trabajo con las palabras y con el silencio. Con lo que no se dice. Trabajo con la vergüenza, con los secretos, con los remordimientos. Trabajo con la ausencia, con los recuerdos que ya no están y con los que resurgen tras un nombre, una imagen, un perfume. Trabajo con el dolor de ayer y con el de hoy. Con las confidencias. Y con el miedo a morir. Forma parte de mi oficio».

A ambos personajes —Marie y Jérôme— los une su relación con Michka Seld, una anciana cuyos últimos meses de vida nos relatan estas dos voces cruzadas. Marie es su vecina: cuando era niña y su madre se ausentaba, Michka cuidaba de ella. Jérôme es el logopeda que intenta que la anciana, que acaba de ser ingresada en un geriátrico, recupere aunque sea parcialmente el habla, que va perdiendo por culpa de una afasia.

Y ambos personajes se involucrarán en el último deseo de Michka: encontrar al matrimonio que, durante los años de la ocupación alemana, la salvó de morir en un campo de exterminio acogiéndola y ocultándola en su casa. Nunca les dio las gracias y ahora querría mostrarles su gratitud...

Escrita con un estilo contenido, casi austero, esta narración a dos voces nos habla de la memoria, el pasado, el envejecimiento, las palabras, la bondad y la gratitud hacia aquellos que fueron importantes en nuestras vidas. Son las respectivas gratitudes las que unen a los tres inolvidables personajes cuyas historias se entrelazan en esta conmovedora y deslumbrante novela.

Índice de contenido

Cubierta

Las gratitudes

Marie

Jérôme

Marie

Jérôme

Marie

Jérôme

Marie

Jérôme

Jérôme (2)

Marie

Sobre la autora

Notas

*Nous rions, nous trinquons. En nous défilent les blessés,
Les meurtris; nous leur devons mémoire et vie. Car vivre,
C'est savoir que tout instant de vie est rayon d'or
Sur une mer de ténèbres, c'est savoir dire merci^[1].*

FRANÇOIS CHENG, *Enfin le royaume*

*Où vont les mots
Ceux qui résistent
Qui se désistent
Ceux qui raisonnent
Et empoisonnent? [...]
Où vont les mots
Ceux qui nous font et nous défont
Ceux qui nous sauvent
Quand tout se sauve?^[2]*

LA GRANDE SOPHIE

Marie

¿Os habéis preguntado alguna vez cuántas veces al día dais las gracias? Gracias por la sal, por la puerta, por la información.

Gracias por el cambio, por el pan, por el paquete de tabaco.

Unas *gracias* de cortesía, de conveniencia, automáticas, mecánicas. Casi huecas.

A veces tácitas.

A veces demasiado enfáticas: Gracias a ti. Gracias por todo. Infinitas gracias.

Gracias de verdad.

Unas *gracias* profesionales: Gracias por su respuesta, por su atención, por su colaboración.

¿Os habéis preguntado alguna vez cuántas veces en la vida habéis dado realmente las gracias? Unas gracias sinceras. La expresión de vuestra gratitud, de vuestro agradecimiento, de vuestra deuda.

¿A quién?

¿Al profesor que os abrió la puerta al mundo de los libros? ¿Al joven que intervino cuando os agredieron en la calle? ¿Al médico que os salvó la vida?

¿A la vida misma?

Hoy ha muerto una anciana a la que yo quería.

A menudo pensaba: «Le debo tanto». O: «Sin ella, probablemente ya no estaría aquí».

Pensaba: «Es tan importante para mí».

Importar, deber. ¿Es así como se mide la gratitud?

En realidad, ¿fui suficientemente agradecida? ¿Le mostré mi agradecimiento como se merecía? ¿Estuve a su lado cuando me necesitó, le hice compañía, fui constante?

Me pongo a pensar en los últimos meses, en las últimas horas. En las conversaciones que tuvimos, en las sonrisas, en los silencios.

Me vienen a la memoria los momentos compartidos. Otros los he olvidado. E invento los que me perdí.

Intento determinar el día en que me di cuenta de que algo había cambiado irremediablemente y empezaba la cuenta atrás.

Sucedió de golpe. De un día para otro.

No digo que no hubiera indicios. En ocasiones Michka se detenía en mitad del salón, desorientada, como si ya no supiera por dónde tirar, como si hubiera olvidado de pronto aquel ritual tan repetido. Otras veces se detenía en mitad de una frase, tropezando literalmente con algo invisible. Buscaba una palabra y encontraba otra. O no encontraba nada, tan solo el vacío, una trampa que debía sortear. Pero seguía viviendo sola, en su propia casa. De manera autónoma. Y continuaba leyendo, viendo la tele, recibiendo visitas de vez en cuando.

Pero entonces llegó aquel día de otoño, sin previo aviso.

Antes, todo iba bien. Después, ya no iba nada.

Me la imagino en su piso de techos bajos, sola, sentada en el sillón. Tras ella, las cortinas están echadas, pero por la rendija se filtra la luz de media tarde. La pintura de las paredes amarillea. Los muebles, los cuadros, las figuritas en los estantes, todo a su alrededor parece provenir de un tiempo lejano.

Se llama Michka. Es una anciana con apariencia de niña. O una niña envejecida por descuido, víctima de un encantamiento. Se aferra a los brazos del sillón con sus dedos largos y huesudos, como si tuviera miedo de caerse.

De pronto, varios pitidos rompen el silencio. Michka parece sorprendida, mira a su alrededor, observa la pulsera que lleva puesta como si el sonido pudiera proceder de ese objeto tan raro y tan feo que al final ha accedido a llevar.

Entonces resuena en la estancia la voz de la operadora de teleasistencia.

—Buenas tardes, señora Seld, le habla Muriel, de la teleasistencia. ¿Ha apretado el botón de alarma?

—Sí...

—¿Se ha caído?

—No, no.

—¿No se encuentra bien?

—No del todo.

—¿Puede explicarme qué le pasa?

—Tengo miedo.

—¿Puede decirme dónde está, señora Seld?

—En el salón.

—¿Está herida?

—No, pero... Estoy perdiendo.

—¿Perdiendo qué?

Michka se aferra con más fuerza todavía, siente que el sillón se tambalea bajo su peso, a menos que sea el suelo el que se está hundiendo. No responde a la pregunta.

—¿Está sentada?

—Sí, estoy en el sillón. Pero no puedo moverme.

—¿No puede levantarse?

—No.

—¿Desde cuándo está en el sillón, señora Seld?

—No lo sé, desde esta mañana, creo. Me he sentado después de desayunar, como sueño hacer, para resolver el crucigrama. Pero no he encontrado nada. Y luego..., luego he querido... Y no he podido levantarme... Lo pierdo todo, es por eso.

—¿Qué es lo que ha perdido, señora Seld?

—Algo que no se ve. Pero yo lo siento. Se me escapa... Se me escapa.

—¿Puede mover las piernas, señora Seld?

—No, no, no, no puedo. Se acabó. Tengo miedo.

—¿De verdad no puede levantarse?

—No.

—¿Ha comido a mediodía?

—En realidad no.

—Así que lleva en el sillón desde esta mañana y no se ha movido.

—Exacto. Eso es.

—Voy a llamar a una de las personas de contacto que están en su lista, ¿le parece bien?

—Sí.

Estoy convencida de que Michk' oyó el ruido que hacían los dedos de la operadora al deslizarse a toda velocidad por el teclado.

—Me sale el nombre de Marie Chapier. ¿La llamo?

—No sé...

—¿Es su hija?

—No.

—¿Quiere que la llame?

—Sí, por favor. Dígale que no la quiero... malestar, pero que estoy perdiendo algo, algo importante.

La voz de la operadora da paso a una música de supermercado. Michka no se mueve, mantiene la vista fija al frente, en esa posición de espera reconcentrada que conozco tan bien. Al cabo de unos segundos, vuelve la voz de la operadora.

—¿Sigue ahí, señora Seld?

—Sí.

—Marie llegará enseguida. Me ha dicho que estará ahí en veinte, veinticinco minutos. Y que ella se encarga de avisar al médico.

—De recuerdo.

Ha dicho «de recuerdo» con el tono exacto de quien dice «de acuerdo».

—¿De recuerdo?

—De recuerdo, sí.

—Está bien, señora Seld. Voy a continuar con mi trabajo, pero no me iré muy lejos: si no se encuentra bien, vuelva a apretar el botón de la pulsera y seré yo quien conteste, ¿de acuerdo?

—Sí, de recuerdo. Gracias.

Michka sigue sentada, con las manos en los brazos de la butaca, intentando acompasar la respiración.

Cierra los ojos.

Poco después, oye la voz de una niña.

¿Hoy dormiré en tu casa? ¿Dejarás la luz encendida? ¿Te quedas aquí? ¿Puedes dejar la puerta abierta? ¿Te quedas a mi lado?

Michka sonríe. La voz de la niña es un recuerdo dulce y doloroso a la vez.

¿Desayunaremos juntas? ¿Tú no tienes miedo? ¿Sabes dónde está mi escuela? No apagues la luz, ¿eh? ¿Me llevarás tú si mamá no puede?

Llamé al timbre y acto seguido metí la llave en la cerradura.

Entré en el salón y encontré a Michka agarrada a la butaca como si se la fuera a llevar la corriente.

Me acerqué y la abracé. Noté el perfume dulzón de la laca, cuyo poder de reminiscencia se ha mantenido intacto hasta hoy.

—Pero bueno, Michk', ¿se puede saber qué te pasa?

—No lo sé. Tengo miedo.

—Te voy a ayudar a ponerte en pie, ¿vale?

—No, no, no.

—Pero, Michk', si cuando vine hace tres días andabas bien con ayuda del bastón. Seguro que puedes levantarte.

La agarré por debajo de las axilas. Michka se apoyó en los brazos del sillón para darse impulso y se encontró de pie, sorprendida de sí misma, un tanto insegura pero perfectamente capaz de mantener la posición.

—¿Lo ves?

—¿Te he contado cuando me caí en el salón?

—Sí, Michka, ya me lo has contado.

—¡De mulo!

Le di el bastón y me coloqué del otro lado para que pudiera agarrarme del brazo.

—Venga, ¡en marcha!

—Con cuidado, eh...

—Debes de estar muerta de hambre...

Fuimos a la cocina. Michka se aferraba a mí y avanzaba a pequeños pasos. Noté cómo poco a poco iba recobrando la confianza.

—No es tan peor como pensaba...

Pero a partir de aquel día Michka ya no pudo seguir vi-
viendo sola.

Michka está en una oficina impersonal, sentada frente a un escritorio cubierto de expedientes. Al otro lado, el ancho sillón de cuero negro está vacío.

Para darse ánimos, Michka tararea una canción.

Pobre soldado que vuelve de la guerra,

Poco a poco.

Pobre soldado que vuelve de la guerra,

Poco a poco.

Mal equipado, mal vestido.

Un pie calzado, el otro desnudo,

Poco a poco.

Busca a la dueña del local,

Poco a poco.

Busca a la dueña del local,

Poco a poco.

«¡Que traigan vino blanco

Que el soldado beba al pasar!»

Poco a poco.

Una mujer de aspecto austero entra en la estancia. Lleva un enorme dossier que suelta de malas maneras sobre la mesa. Observa a Michka seriamente. Lleva las uñas muy largas y pintadas de un color oscuro. Se sienta en el sillón y se dirige a Michka con frialdad.

—¿Puede hacer el favor de presentarse, señora Seld?

De pronto, Michka se siente intimidada.

—Pues... Me llamo Michèle Seld, pero me llaman Michka.

—Muy bien. ¿Está usted casada?

—No.

—¿Tiene hijos?

—No.

La directora deja que el silencio se instale, como esperando una aclaración.

—Yo... He viajado mucho por mi trabajo. Hacía reportajes fotográficos para revistas. Luego entré en un periódico como correctora. Revisaba los artículos. No se me escapaba ni una: erratas, incorrecciones sintácticas, problemas de concordancia, repeticiones...

La directora la interrumpe.

—¿Por qué motivo quiere dejar su puesto actual?

Michka no entiende la pregunta. No puede evitar que una sombra de pánico le cubra los ojos. Busca alguien a su alrededor que pueda ayudarla, pero no hay nadie más que esa mujer que tamborilea impaciente sobre la mesa porque tarda en responder. Las uñas de la directora producen una especie de chirrido sordo sobre la formica.

—En realidad... estoy jubilada desde hace tiempo.

La mujer suelta una risa indescifrable. Luego suspira con ostentación.

—Se lo preguntaré de otra manera, señora Seld: ¿a qué se debe su interés por nuestro centro?

—Creo que me he equivocado de habitación..., quiero decir, de oficina... No sabía que había que pasar por esto, o sea, que hacer esto.

La directora no puede ocultar su irritación.

—Señora Seld, está usted haciendo una prueba de admisión para obtener una plaza en una residencia geriátrica.

—A medida que habla, su tono se va haciendo cada vez más tajante—. Se trata de mostrar lo mejor de usted, pues recibimos multitud de solicitudes, ¿debo recordárselo?

—No, no..., claro, lo entiendo perfectamente. Pero no he preparado nada, no sabía que había que pasar una prueba de admisión.

La mujer se enfurece.

—Pero ¿qué se ha creído, señora Seld? ¿Que aquí aceptamos a cualquiera, de cualquier manera? ¿Está de broma? ¡No hay sitio para todo el mundo, lo sabe muy bien! ¡No